



# AYN RAND

HIMNO

(ANTHEM)

Traducción de Verónica Puertollano

**COLECCIÓN AYN RAND**

**DEUSTO**

# Himno

**AYN RAND**

Traducción de Verónica Puertollano



EDICIONES DEUSTO

Título original: *Anthem*

© del prólogo, Leonard Peikoff and the Estate of Ayn Rand, 1995.

Publicado por acuerdo con International Editors Co' y Curtis Brown, Ltd.

Los derechos morales de la autora han sido reconocidos

© de la traducción: Verónica Puertollano, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

© de esta edición: Centro de Libros PAFP, SLU.

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-234-3178-6

Depósito legal: B. 11.060-2020

Primera edición: septiembre de 2020

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Egedsa

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Sumario

---

Prólogo.....	7
Prefacio de la autora .....	17
Capítulo I.....	21
Capítulo II.....	35
Capítulo III.....	45
Capítulo IV .....	49
Capítulo V .....	51
Capítulo VI .....	55
Capítulo VII .....	59
Capítulo VIII .....	65
Capítulo IX.....	69
Capítulo X.....	75
Capítulo XI .....	79
Capítulo XII .....	83
Apéndice .....	89
Guía de lectura para los escritos y la filosofía de Ayn Rand	239
Sobre Ayn Rand .....	241
Conceptos fundamentales del objetivismo.....	245
Escritos de Ayn Rand.....	249
Libros sobre Ayn Rand y el objetivismo .....	253
Sobre el Ayn Rand Institute .....	255

# I

---

Es un pecado escribir esto. Es un pecado pensar palabras que ningunos otros piensan y escribirlas en un papel que ningunos otros han de ver. Es mezquino y malvado. Es como si estuviésemos hablando solos, para ningunos oídos salvo los nuestros. Y sabemos muy bien que no hay una transgresión más vil que obrar o pensar solos. Hemos quebrantado las leyes. Las leyes dicen que los hombres no pueden escribir a menos que el Consejo de Vocaciones así se lo ordene. ¡Que nos sea perdonado!

Mas ése no es el único pecado que pesa sobre nosotros. Hemos cometido un delito mayor, y para ese delito no hay nombre. No sabemos qué castigo nos espera si nos descubren, porque en la memoria del hombre nunca se ha producido tal delito, y no existen leyes que lo tipifiquen.

Está oscuro aquí. La llama de la vela permanece quieta en el aire. Nada se mueve en este túnel salvo nuestra mano sobre el papel. Estamos solos aquí, bajo la tierra. Es una palabra temible, *solos*. Las leyes dicen que ninguno de los hombres deben estar solos, jamás, en ningún momento, porque ésta es la máxima transgresión y la raíz de todos los males. Pero hemos quebrantado muchas leyes. Y ahora no hay nada aquí, salvo nuestro solo cuerpo, y es extraño ver tan sólo dos piernas extendidas en el suelo y, en la pared frente a nosotros, la sombra de nuestra sola cabeza.

Las paredes están agrietadas y el agua corre por ellas en finos regueros silenciosos, negros y brillantes como la sangre. Robamos la vela de la despensa del Hogar de los Barrenderos. Si se descubre, nos condenarán a diez años en el Palacio de Detención Correccional, pero esto no importa. Importa sólo que la luz es valiosa y no deberíamos desperdiciarla para escribir, pues la necesitamos para el trabajo que es nuestro delito. Nada importa salvo el trabajo, nuestro secreto, maligno y valioso trabajo. Aun así, también debemos escribir — ¡que el Consejo tenga piedad de nosotros! —, porque, por una vez, no queremos hablar para ningún oído salvo el nuestro.

Nos llamamos Igualdad 7-2521, como reza la pulsera de hierro que todos los hombres deben llevar en la muñeca izquierda, con su nombre en ella. Tenemos veintiún años. Medimos un metro y ochenta centímetros de altura, y esto es un lastre, porque no hay muchos hombres que midan un metro y ochenta centímetros de altura. Siempre nos señalaban los maestros y los jefes, y, frunciendo el ceño, decían: «Hay maldad en vuestros huesos, Igualdad 7-2521, porque vuestro cuerpo ha crecido más que el de vuestros hermanos». Pero no podemos cambiar nuestros huesos ni nuestro cuerpo.

Nacimos con una maldición. Siempre nos ha conducido a pensamientos que están prohibidos. Siempre nos ha generado deseos que los hombres no pueden desear. Sabemos que somos malos, mas no tenemos la voluntad ni el poder para resistirnos a ello. Éste es nuestro asombro y nuestro temor secreto: que lo sabemos y no oponemos resistencia.

Nos esforzamos para ser iguales a todos nuestros demás hermanos, porque todos los hombres deben ser iguales. Sobre las puertas del Palacio del Consejo Mundial figuran unas palabras grabadas en mármol que nos repetimos a nosotros mismos siempre que sentimos la tentación:

*Somos uno en todos y todos en uno.  
No hay hombres, sólo el gran NOSOTROS,  
uno, indivisible y para siempre.*

Nos repetimos esto a nosotros mismos, pero no nos ayuda.

Estas palabras fueron grabadas hace mucho tiempo. Hay mohos verdes en las muescas de las letras y vetas amarillas en el mármol, que tiene más años de los que podrían contar los hombres. Y estas palabras son la verdad, porque están escritas en el Palacio del Consejo Mundial, y el Consejo Mundial encarna toda la verdad. Esto siempre ha sido así desde el Gran Renacimiento, y desde tiempos remotos, inmemoriales.

Pero no debemos hablar nunca de los tiempos anteriores al Gran Renacimiento, pues nos condenarían a tres años en el Palacio de Detención Correccional. Los viejos son los únicos que susurran sobre ello por las noches, en el Hogar de los Inútiles. Susurran sobre muchas cosas extrañas; sobre torres que se alzaban al cielo, en aquellos Tiempos Innombrables, sobre vagones que se movían sin caballos y luces que ardían sin llama. Pero aquellos tiempos eran malignos. Y aquellos tiempos pasaron cuando los hombres vieron la Gran Verdad, que es ésta: todos los hombres son uno y no existe más voluntad que la de todos los hombres unidos.

Todos los hombres son buenos y sabios. Sólo nosotros, Igualdad 7-2521, sólo nosotros nacimos con una maldición. Pues no somos como nuestros hermanos. Y cuando echamos la vista atrás a nuestra vida, vemos que siempre ha sido así, y que eso nos ha llevado, paso a paso, a nuestra última y suprema transgresión, a nuestro delito de los delitos, escondido aquí bajo la tierra.

Nosotros recordamos el Hogar de los Infantes, donde vivimos hasta que cumplimos cinco años, junto a todos los demás niños de la Ciudad que habían nacido el mismo año. Las salas de dormir eran blancas, estaban limpias y desprovistas de todo salvo un centenar de camas. Éramos como todos nuestros hermanos entonces, salvo por la transgresión: nos peleábamos con nuestros hermanos. Pocas faltas hay más viles que pelearse con nuestros hermanos, a cualquier edad o por cualquier causa. Eso nos dijo el Consejo del Hogar, y de todos los niños de aquel año, fuimos nosotros a los que con mayor frecuencia encerraron en el sótano.

Cuando cumplimos cinco años, nos mandaron al Hogar de

los Estudiantes, donde hay diez salas, una para cada uno de nuestros diez años de aprendizaje. Los hombres deben estudiar hasta que cumplen los quince años. Después se ponen a trabajar. En el Hogar de los Estudiantes nos levantábamos cuando sonaba la gran campana de la torre, y nos acostábamos cuando volvía a sonar. Antes de quitarnos nuestras ropas, nos quedábamos de pie en el gran salón dormitorio, levantábamos el brazo derecho y decíamos todos juntos con los tres maestros al frente:

Nosotros no somos nada. La Humanidad lo es todo. Por la gracia de nuestros hermanos, nos es permitido vivir nuestras vidas. Existimos a través de nuestros hermanos, por y para ellos, que son el Estado. Amén.

Después, dormíamos. Los salones dormitorios eran blancos y limpios y desprovistos de todo excepto de las cien camas.

Nosotros, Igualdad 7-2521, no fuimos felices en aquellos años en el Hogar de los Estudiantes. No es que el aprendizaje fuera demasiado difícil. Es que el aprendizaje era demasiado fácil. Eso es un gran pecado, haber nacido con una cabeza que es demasiado rápida. No es bueno que nosotros seamos diferentes de nuestros hermanos, sino que es malvado ser superior a ellos. Los maestros nos lo decían, y fruncían el ceño cuando nos miraban.

Así que luchamos contra esta maldición. Intentamos olvidar nuestras lecciones, mas siempre las recordábamos. Intentamos no entender lo que los profesores enseñaban, mas siempre lo entendíamos antes de que los profesores hubiesen hablado. Mirábamos a Unión 5-3992, que eran un muchacho pálido con sólo medio cerebro, e intentábamos decir y hacer lo mismo que ellos, para poder ser como ellos, como Unión 5-3992, pero de algún modo los profesores sabían que no lo éramos. Y nos dieron latigazos con mayor frecuencia que a todos los demás niños.

Los maestros eran justos, porque habían sido designados por los Consejos, y los Consejos son la voz de toda justicia, porque son la voz de todos los hombres. Y si a veces, en la secreta oscuridad de nuestro corazón, lamentamos lo que nos sucedió en nuestro decimoquinto cumpleaños, sabemos que nosotros tuvimos la



culpa de aquello. Habíamos quebrantado una ley, porque no habíamos hecho caso a las palabras de nuestros maestros. Los maestros nos habían dicho a todos:

No os atreváis a elegir en vuestras mentes el trabajo que os gustaría hacer cuando salgáis del Hogar de los Estudiantes. Haréis lo que el Consejo de Vocaciones prescriba para vosotros. Porque el Consejo de Vocaciones, en su gran sabiduría, sabe, mejor que vosotros, dónde os necesitan vuestros hermanos, con vuestras pequeñas e indignas mentes. Y si vuestros hermanos no os necesitan, no hay razón para que carguéis la tierra con vuestros cuerpos.

Nosotros sabíamos eso bien, en los años de nuestra infancia; mas nuestra maldición quebró nuestra voluntad. Éramos culpables, y lo confesamos aquí: fuimos culpables de la gran Transgresión de Preferencia. Preferíamos algunos trabajos y algunas lecciones a otros. No prestábamos atención a la historia de todos los Consejos electos desde el Gran Renacimiento. Pero nos encantaba la Ciencia de las Cosas. Nosotros queríamos saber. Queríamos saber sobre todas las cosas que constituyen la tierra alrededor de nosotros. Hacíamos tantas preguntas que los maestros nos lo prohibieron.

Creemos que hay misterios en el cielo y bajo el agua y en las plantas que crecen. Pero el Consejo de Eruditos ha dicho que no hay misterios, y el Consejo de Eruditos lo sabe todo. Y aprendimos mucho de nuestros maestros. Aprendimos que la Tierra es plana y que el Sol da vueltas a su alrededor, lo que da lugar a los días y las noches. Aprendimos el nombre de todos los vientos que soplan sobre los mares y que inflan las velas de nuestros grandes navíos. Aprendimos cómo sangrar a los hombres para curarlos de todas sus dolencias.

Nos encantaba la Ciencia de las Cosas. Y, en la oscuridad, en la hora secreta, cuando nos despertábamos por la noche y no había hermanos a nuestro alrededor, sólo sus formas en las camas y sus ronquidos, cerrábamos los ojos, apretábamos los labios, aguantábamos la respiración para que ninguna sacudida permitiera a nuestros hermanos ver, oír o adivinar nada, y pensábamos

que deseábamos que nos mandaran al Hogar de los Eruditos cuando llegara nuestro momento.

Todos los grandes inventos modernos provienen del Hogar de los Eruditos, como el más reciente de ellos, que fue encontrado hace escasamente cien años: cómo fabricar velas con cera y cuerda; y también cómo hacer vidrio, que se coloca en nuestras ventanas para protegernos de la lluvia. Para averiguar estas cosas, los eruditos deben estudiar la tierra y aprender sobre los ríos, las arenas, los vientos y las rocas. Y si fuéramos al Hogar de los Eruditos, nosotros también podríamos aprender esas cosas. Podríamos hacer preguntas, porque ellos no prohíben las preguntas.

Y las preguntas no nos dejan descansar. No sabemos por qué nuestra maldición nos hace buscar no sabemos qué, siempre, constantemente. Pero no podemos resistirnos. Nos murmura a nuestro oído que hay grandes cosas en esta nuestra tierra, y que podemos conocerlas si lo intentamos, y que debemos conocerlas. Nosotros preguntamos por qué debemos nosotros conocer, pero no tiene respuesta para darnos. Nosotros debemos saber que somos capaces de saber.

Así que nosotros deseábamos que nos mandaran al Hogar de los Eruditos. Lo deseábamos tanto que las manos nos temblaban por la noche bajo las mantas, y nos mordíamos el brazo para cortar ese otro dolor que no podíamos soportar. Aquello era malo, y por la mañana no nos atrevíamos a mirar a nuestros hermanos a la cara. Pues los hombres no pueden desear nada para sí mismos. Y nos castigaron cuando el Consejo de Vocaciones vino a darnos nuestros Mandatos Vitales, que les dicen a quienes cumplen los quince años cuál será su trabajo para el resto de sus días.

El Consejo de Vocaciones llegó el primer día de primavera y se sentó en la gran sala. Y nosotros, que teníamos quince años, y todos los profesores fuimos a la gran sala. Y el Consejo de Vocaciones estaba sentado en un alto estrado y sólo dirigía dos palabras a cada estudiante. Llamaban a los estudiantes por su nombre, y cuando éstos iban presentándose ante ellos, unos detrás de otro, el Consejo decía: «carpintero», o «médico», o «cocine-

ro», o «líder». Después, uno a uno, los estudiantes levantaban el brazo derecho y decían: «Hágase la voluntad de nuestros hermanos».

Entonces, si el Consejo había dicho «carpintero» o «cocinero», los estudiantes a quienes se les hubiese asignado ese oficio empezaban a trabajar y ya no estudiaban más. Pero si el Consejo decía «líder», esos estudiantes iban al Hogar de los Líderes, que es el mejor hogar de la Ciudad, porque tiene tres plantas. Y allí estudian muchos años, para llegar a ser candidatos y ser elegidos para el Consejo de la Ciudad, el Consejo del Estado y el Consejo Mundial a través del voto libre y universal de todos los hombres. Pero no deseábamos ser líder, aunque fuese un gran honor. Deseábamos ser erudito.

Así que esperamos nuestro turno en la gran sala, y después oímos al Consejo de Vocaciones llamarnos por nuestro nombre: «Igualdad 7-2521». Nos dirigimos al estrado, y no nos temblaron las piernas, y levantamos la mirada al Consejo. Había cinco miembros del Consejo, tres del sexo masculino y dos del femenino. Tenían los cabellos blancos y los rostros agrietados, como el barro en el lecho seco de un río. Eran viejos. Parecían más viejos que el mármol del Templo del Consejo Mundial. Estaban sentados ante nosotros y no se inmutaron. Y no vimos que ninguna respiración agitara los pliegues de sus togas blancas. Pero sabíamos que estaban vivos, porque de una mano del más viejo se levantó un dedo que nos señaló y volvió a caer. Fue lo único que se movió, porque los labios del más viejo no se movieron cuando dijeron: «Barrendero».

Sentimos un tirón en los tendones del cuello al levantar la cabeza hacia las caras del Consejo, y nos alegramos. Sabíamos que habíamos sido culpables, pero ahora teníamos una forma de expiarlo. Aceptaríamos nuestro Mandato Vital, y trabajaríamos para nuestros hermanos, con alegría y voluntad, y borraríamos nuestro pecado contra ellos, que ellos ignoraban, pero nosotros no. Así que estábamos contentos y orgullosos de nosotros mismos y de nuestra victoria sobre nosotros mismos. Levantamos el brazo derecho y hablamos, con la voz más clara y firme en la sala aquel día. Dijimos: «Hágase la voluntad de nuestros hermanos».

Y miramos a los ojos del Consejo, pero sus ojos eran como fríos botones de cristal azul.

Así que fuimos al Hogar de los Barrenderos. Es una casa gris en una calle estrecha. Hay un reloj de sol en el patio, por el que el Consejo del Hogar sabe las horas del día y cuándo tocar la campana. Cuando suena la campana, salimos todos de la cama. El cielo es verde y frío en nuestras ventanas, que dan al este. La sombra en el reloj de sol marca media hora mientras nos vestimos y desayunamos en el comedor, donde hay cinco mesas largas, con veinte platos de loza y veinte tazas de loza en cada una. Después salimos a trabajar a las calles de la Ciudad, con nuestras escobas y nuestros rastrillos. Al cabo de cinco horas, cuando el sol está alto, volvemos al Hogar a tomar nuestra comida de mediodía, para lo que nos dejan media hora. Después nos vamos otra vez a trabajar. Al cabo de cinco horas, las sombras en las aceras son azules, y el cielo es azul, con una oscura brillantez que no brilla. Volvemos para la cena, que dura una hora. Después, suena la campana y marchamos en fila recta hacia una de las Salas de la Ciudad, para la Reunión Social. Llegan otras filas de hombres de los Hogares de otros Oficios. Se encienden las velas, y los Consejos de los diferentes Hogares, de pie en un púlpito, nos hablan sobre nuestros deberes y de nuestros hermanos. Después los líderes visitantes suben al púlpito y nos leen los discursos pronunciados ese día en el Consejo de la Ciudad, porque el Consejo de la Ciudad representa a todos los hombres, y todos los hombres deben saber. Después cantamos himnos: el *Himno de la hermandad*, el *Himno de la igualdad* y el *Himno del espíritu colectivo*. El cielo es de color púrpura intenso cuando volvemos al Hogar. Entonces suena la campana y marchamos en línea recta al Teatro de la Ciudad, a pasar tres horas de Recreo Social. Allí, se representa una obra en el escenario, en la que intervienen dos grandes coros del Hogar de los Actores, que hablan y responden al unísono, con dos fuertes voces. Las obras versan sobre el trabajo duro y lo bueno que es. Después marchamos al Hogar en fila recta. El cielo es como un cedazo negro horadado por gotas plateadas y trémulas, a punto de estallar y atravesarlo. Las polillas golpean las farolas. Nos vamos a la cama y dormimos, hasta que

las campanas vuelven a sonar. Las salas de dormir son blancas, están limpias y desprovistas de todo salvo cien camas.

Así vivimos cada día de nuestros cuatro años, hasta hace dos primaveras, cuando se produjo nuestro delito. Así deben vivir todos los hombres hasta que cumplen cuarenta años. A los cuarenta, se agotan. A los cuarenta, son mandados al Hogar de los Inútiles, donde viven los viejos. Los viejos no trabajan, porque el Estado cuida de ellos. Se sientan al sol en verano, y junto al fuego en invierno. No hablan mucho, porque están cansados. Los viejos saben que van a morir pronto. Cuando ocurre un milagro y alguno vive hasta los cuarenta y cinco años, se les llama ancianos, y los niños se quedan mirándolos cuando pasan por delante del Hogar de los Inútiles. Así ha de ser nuestra vida, como la de todos nuestros hermanos y la de los hermanos que nos precedieron.

Así debería haber sido nuestra vida si no hubiésemos cometido el delito que lo cambió todo para nosotros. Y fue nuestra maldición la que nos condujo a nuestro delito. Habíamos sido un buen barrendero, y éramos como todos nuestros hermanos barrenderos, salvo por nuestro maldito deseo de saber. Nos quedábamos largo rato mirando las estrellas por la noche, los árboles y la tierra. Y cuando limpiábamos el patio del Hogar de los Eruditos, recogíamos los tubos de ensayo, los trozos de metal y los huesos disecados que habían desechado. Queríamos quedarnos esas cosas para estudiarlas, pero no teníamos un lugar donde esconderlas. Así que las llevamos al Sumidero de la Ciudad. Y, entonces, hicimos el descubrimiento.

Fue un día de la penúltima primavera. Los barrenderos trabajamos en brigadas de tres, y nosotros estábamos con Unión 5-3992, los medio descerebrados, y con Internacional 4-8818. Ahora, Unión 5-3992 son un muchacho enfermo, y a veces tienen convulsiones, les sale espuma de la boca y se les ponen los ojos en blanco. Pero Internacional 4-8818 son diferentes. Son un joven alto y fuerte, y sus ojos son como luciérnagas, porque hay risa en sus ojos. No podemos mirar a Internacional 4-8818 sin sonreír nosotros también. Por eso no eran bien vistos en el Hogar de Estudiantes, ya que no es correcto sonreír sin razón. Y

tampoco eran bien vistos porque cogían trozos de carbón y pintaban en las paredes, y los dibujos hacían reír a los hombres. Pero sólo nuestros hermanos del Hogar de los Artistas tienen permiso para hacer dibujos, así que Internacional 4-8818 fueron enviados al Hogar de los Barrenderos, como nosotros.

Internacional 4-8818 y nosotros éramos amigos. Decir eso está mal, porque es una transgresión, la gran Transgresión de Preferencia, la de amar a cualquiera de los hombres más que a los otros, puesto que debemos amar a todos los hombres y todos los hombres son nuestros amigos. Así que Internacional 4-8818 y nosotros nunca hemos hablado de ello. Pero lo sabemos. Lo sabemos cuando nos miramos a los ojos. Y cuando nos miramos así, sin palabras, ambos sabemos otras cosas también, cosas extrañas para las que no hay palabras, y estas cosas nos asustan.

Así pues, en aquel día de la penúltima primavera, Unión 5-3992 sufrieron convulsiones en la periferia de la Ciudad, cerca del Teatro de la Ciudad. Los dejamos tendidos a la sombra de la carpa del Teatro y nos fuimos con Internacional 4-8818 a terminar nuestro trabajo. Llegamos juntos al gran barranco que hay detrás del Teatro. Está vacío, sólo hay árboles y matorrales. Detrás del barranco hay una llanura, y detrás de la llanura yace el Bosque Inexplorado, en el que los hombres no deben pensar.

Estábamos recogiendo los papeles y los trapos que el viento había soplado hasta allí desde el Teatro, cuando vimos una barra de hierro entre los matorrales. Era vieja y estaba oxidada por las muchas lluvias. Tiramos de ella con todas nuestras fuerzas, pero no conseguimos moverla. Así que llamamos a Internacional 4-8818, y juntos cavamos la tierra alrededor de la barra. De repente, la tierra se hundió ante nosotros, y vimos una vieja reja de hierro sobre un agujero negro.

Internacional 4-8818 dieron un paso atrás, pero nosotros empujamos la reja y ésta cedió. Entonces, vimos unos aros de hierro, como peldaños que conducían hacia un hueco oscuro y sin fondo.

—Deberíamos bajar —dijimos a Internacional 4-8818.

—Está prohibido —contestaron.

Dijimos:

—El Consejo no sabe que existe este agujero, de manera que no puede estar prohibido.

Y ellos respondieron:

—Puesto que el Consejo no sabe que existe este agujero, no puede haber una ley que permita entrar en él. Y todo lo que no está permitido por la ley está prohibido.

Pero nosotros dijimos:

—De todos modos, vamos a bajar.

Ellos estaban asustados, pero se quedaron observándonos mientras bajábamos.

Nos agarramos de los aros de hierro con las manos y los pies. No veíamos nada debajo de nosotros. Por encima de nosotros, el agujero abierto al cielo menguaba cada vez más, hasta que llegó a ser del tamaño de un botón. Pero, aun así, seguimos bajando. Después, nuestro pie tocó el suelo. Nos frotamos los ojos, porque no veíamos nada. Luego, nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad, mas no podíamos creer lo que veíamos.

Ningún hombre conocido por nosotros pudo haber construido ese lugar, ni los hombres conocidos por nuestros hermanos que vivieron antes que nosotros, y, sin embargo, había sido construido por hombres. Era un gran túnel. Sus paredes eran duras y lisas al tacto; parecían de piedra, mas aquello no era piedra. En el suelo había unas vías largas y finas de hierro, mas aquello no era hierro; al tacto era liso y frío como el vidrio. Nos arrodillamos y avanzamos a gatas, palpando la línea de hierro para ver adónde conducía. Pero delante de nosotros no había sino una noche cerrada. Sólo las vías de hierro relucían a través de ella, rectas y blancas, llamándonos a seguirlas. Pero no podíamos seguir, porque estábamos perdiendo la mancha de luz a nuestra espalda. Así que nos dimos la vuelta y volvimos a rastras, con la mano sobre la línea de hierro. Y nuestro corazón latió en la yema de nuestros dedos, sin motivo. Y entonces lo supimos.

Supimos de repente que aquel lugar abandonado era de los Tiempos Innombrables. Así pues, era cierto: aquellos Tiempos habían existido, y todas las maravillas de aquellos Tiempos. Cientos y cientos de años atrás, los hombres conocieron secretos que nosotros hemos perdido. Y pensamos: «Éste es un lugar

abominable. Condenados están los que tocan las cosas de los Tiempos Innombrables». Pero nuestra mano siguió la vía, a medida que nos arrastrábamos, aferrada a ella como si no quisiera soltarla, como si la piel de nuestra mano estuviese sedienta y le rogara al metal algún fluido secreto que manara de su frialdad.

Volvimos a la tierra. Internacional 4-8818 nos miraron y dieron un paso atrás.

—Igualdad 7-2521 —dijeron—, tenéis la cara blanca.

Pero no podíamos hablar, y nos quedamos mirándolos.

Ellos retrocedieron, como si no se atreviesen a tocarnos. Después sonrieron, mas no era una sonrisa alegre: era confusa y suplicante. Pero nosotros seguíamos sin poder hablar. Entonces, dijeron:

—Informaremos de nuestro hallazgo al Consejo de la Ciudad, y ambos seremos recompensados.

Y entonces hablamos. Nuestra voz era dura y no había misericordia en ella. Dijimos:

—No vamos a informar de nuestro hallazgo al Consejo de la Ciudad. No vamos a informar de ello a ningún hombre.

Se llevaron las manos a los oídos, porque nunca habían escuchado palabras como éstas.

—Internacional 4-8818, ¿vais a denunciarnos al Consejo y a vernos flagelados ante vuestros ojos? —preguntamos.

Ellos se irguieron de pronto y respondieron:

—Preferiríamos morir.

—Entonces —dijimos—, guardad silencio. Este lugar es nuestro. Este lugar nos pertenece a nosotros, Igualdad 7-2521, y a ningún otro hombre en la tierra. Y si alguna vez lo rendimos, también rendiremos nuestra vida con él.

Entonces vimos que los ojos de Internacional 4-8818 estaban llenos hasta los párpados de lágrimas que no se atrevían a caer. Susurraron, con la voz tan temblorosa que las palabras perdían toda su forma:

—La voluntad del Consejo está por encima de todas las cosas, porque es la voluntad de nuestros hermanos, que es sagrada. Pero si así lo deseáis, os obedeceremos. Preferimos ser malos con



vosotros que buenos con todos nuestros hermanos. ¡Que el Consejo se apiade de ambos nuestros corazones!

Después nos marchamos juntos y volvimos al Hogar de los Barrenderos. Y anduvimos en silencio.

Así ocurrió que, cada noche, cuando las estrellas estaban altas y los barrenderos estaban sentados en el Teatro de la Ciudad, nosotros, Igualdad 7-2521, nos escabullíamos y echábamos a correr en la oscuridad hasta nuestro lugar. Es fácil salir del Teatro; cuando se apagan las velas y los actores salen al escenario, no hay ojos que puedan vernos salir a rastras de nuestros asientos, bajo la lona de la carpa. Después, es fácil escapar entre las tinieblas y colocarse en la fila junto a Internacional 4-8818, cuando abandona el Teatro. Las calles están oscuras y no hay hombres alrededor, porque no hay hombres andando por la Ciudad cuando no tienen ninguna misión por la que andar por ahí. Cada noche, nosotros corremos al barranco y retiramos las piedras que hemos amontonado sobre la reja de hierro para esconderla de los hombres. Cada noche, durante tres horas, estamos bajo la tierra, solos.

Hemos robado velas del Hogar de los Barrenderos, hemos robado pedernales, cuchillos y papel, y los hemos traído a este lugar. Hemos robado tubos de ensayo, polvos y ácidos del Hogar de los Eruditos. Ahora nos sentamos en el túnel todas las noches durante tres horas y estudiamos. Fundimos metales extraños, mezclamos ácidos y diseccionamos animales que encontramos en el Sumidero de la Ciudad. Hemos construido un horno con ladrillos que recogimos de las calles. Quemamos la madera que encontramos en el barranco. El fuego parpadea en el horno y las sombras azules danzan en las paredes, y no hay ningún ruido de hombres que nos moleste.

Hemos robado manuscritos. Eso es una gran falta. Los manuscritos son muy valiosos, porque nuestros hermanos del Hogar de los Escribanos tardan un año en copiar un solo escrito con su letra clara. Los manuscritos son escasos y se guardan en el Hogar de los Eruditos. Así pues, nos sentamos bajo la tierra y leemos los escritos robados. Han transcurrido dos años desde que encontramos este lugar. Y en estos dos años hemos aprendido más que en los diez años en el Hogar de los Estudiantes.

Hemos aprendido cosas que no están en los escritos. Hemos resuelto secretos de los que los eruditos no tienen conocimiento. Hemos llegado a entender lo grande que es lo inexplorado, y que vivir muchas vidas no nos bastaría para llegar al fin de nuestras investigaciones. Pero no queremos que nuestras investigaciones tengan fin. No queremos nada, salvo estar solos y aprender, y sentirnos como si cada día nuestra vista fuese más aguda que la del halcón y más clara que el cristal de roca.

Extraños son los caminos del mal. Fingimos delante de nuestros hermanos. Estamos desafiando la voluntad de nuestros Consejos. Nosotros solos, de los miles que caminan sobre esta tierra, nosotros solos en este momento, estamos haciendo un trabajo sin otro objetivo que el deseo de hacerlo. La maldad de nuestro delito es insondable para la mente humana. La naturaleza de nuestro castigo, si se descubriera, es imponderable para el corazón humano. Nunca, ni siquiera en la memoria de los más ancianos de entre los ancianos, nunca han hecho los hombres lo que nosotros estamos haciendo.

Y, sin embargo, no sentimos vergüenza ni arrepentimiento. Nos decimos que somos despreciables y traidores, mas no sentimos ningún peso sobre nuestro espíritu ni temor en nuestro corazón. Y nos parece que nuestro espíritu es más claro que un lago al que ningunos ojos pueden turbar, salvo los del sol. Y, en nuestro corazón... — ¡extraños son los caminos del mal! —, en nuestro corazón está la primera paz que hemos experimentado en veinte años.